

**LIMO Y LUZ**  
**ESTAMPAS LUMINOSAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO**

BIBLIOTECA DE ENSAYO CONTEMPORÁNEO

---

# LIMO Y LUZ

## ESTAMPAS LUMINOSAS

### DE LA CIUDAD DE MÉXICO

---

LUIS MARÍA MARINA



Secretaría de  
**cultura** DF

*F*ICTICIA

---

MÉXICO  
2012

LIMO Y LUZ. ESTAMPAS LUMINOSAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO

D.R. © Luis María Marina

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: agosto 2012

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Dirección de la colección: Dr. Humberto Schettino

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición y fotografía de la portada: Mónica Villa

Corrector de estilo: Eric Uribares

Consejo editorial: Mtro. Raúl José Santos Bernard, Dr. Pedro Serrano, Dr. Federico Fernández

Christlieb, Dr. Alejandro Estivill y Lic. Paulina Ugarte Chelén

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[libreria@ficticia.com](mailto:libreria@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-7693-64-2

Impreso y hecho en México

A  
C.A.B.,  
por enseñarme que los sueños se cumplen  
aquí, en México,  
o en cualquier otra parte;  
y a J. E. P.,  
por la amistad inesperada.

*... sometimes, to my shame be it spoken,  
I take somewhat longer journeys than what  
a wise man would consider altogether right.  
—But the truth is,— I am not a wise man;  
—and besides, am a mortal of so little consequence in the world,  
it is no much matter what I do.*

Tristram Shandy, Gentleman

---

## **CONTENIDO**

---

### **SUR**

pág. 29

---

### **CENTRO**

pág. 37

---

### **NORTE**

pág. 67

---

### **ORIENTE**

pág. 91

---

### **PONIENTE**

pág. 101

---

### **EPÍLOGO**

pág. 165

---

### **NOTAS**

pág. 169

---

## AL LECTOR

---

El extranjero es el protagonista de estas páginas. Ha vivido cuatro años en México y en ningún momento ha dejado de sentirse extranjero. No culpa de ello a nadie. Mucho menos a México, anfitrión ducho y generoso, pues así se siente aun en su propio país. Tal es su amarga condición, tal el destino que lo parasita donde se halle. Tal el vigor de la maldición caída sobre su alma, la más nefasta que los antiguos osaban imaginar, que hacía a esa demoníaca prole digna de la pública compasión: lejos de su patria, apartados de los suyos, desterrados, exiliados, semillas de la nada. Y a sus oídos, sin embargo, la más dulce canción.

Se resiste a ver la realidad a través de la lente plana y cómoda de la costumbre. Al contrario, usa a su peculiar criterio una vasta colección de anteojos que descansan sobre extravagantes monturas, quevedos de cristales deformantes, espejuelos combados de microscópica visión, caleidoscópicos catalejos. Se mueve por temor a quedar reducido a efigie. Escudriña con agudeza de rapaz para seguido perderse en vacilantes tanteos de ciego. No ve; interpreta. No proclama; intuye. No osa juzgar; apenas insinúa. El único tamiz que cierne su escritura es la natural inclinación; la sola guía de sus pasos, el estético deleite; el más preciado galardón a su peregrinar, el solaz intelectual. Renuncia a la percepción inmóvil de la idéntica realidad que entumece los sentidos y achica los horizontes. No desfallece en la búsqueda de nuevos estímulos, desconocidos ambientes, tonos distintos en el hablar y en los paisajes (más

suaves aquellos, más hoscos éstos), formas más lozanas del ser. Ante todo, pretende sorprender, enfrentado a la sensación ignota, un reflejo nuevo dentro de sí. Y lo hace con la esperanza de mantener su ánimo siempre vigilante, sus sentidos en tensión, plenamente consciente de que perder esa viveza es quedar reducido a perpetuo y carnal presidio. En esta guerra sin fin contra el aburrimiento, se proclama vencedor de la primera batalla y dispuesto a no bajar el estandarte frente al asedio vigoroso de tan insistente enemigo.

Renuncia a dar descanso a sus huesos en parte mortal alguna. Larga —sospecha— es la parada en la opuesta ribera del Leteo. Si sus pies han hollado numerosos caminos, ha sido su mente inquieta la que ha dominado su vagar, revoloteando entre cuantas espigas novedosas ha podido encontrar germinadas en este soto férax. Pero sus andanzas no tenían simple afán ambulatorio; en México ha buscado, por encima de todo, la belleza. Y confiesa haberla hallado en las letras, a las que ha acudido quizá con demasía, cayendo perdidamente enamorado de lo mexicano aun antes de enfrentarlo fuera de la oscuridad reveladora de la platónica caverna. A México lo ha entrevistado en esa “pantalla que arde” y esa “página en blanco” que José Emilio Pacheco avizora como único remedio “contra la noche oscura”. En los colores, los de la abigarrada realidad y los del inspirado reflejo popular, ambos fuentes caudalosas del arte formal. En los sones, ásperos y ajenos en las tierras frías, sincopados y vagamente familiares en tierra caliente. En los paisajes y los climas, tan próximos que el cambio de estación sólo requiere algo de paciencia o un cómodo paseo al trote. En la gente, diluida en la cotidianidad y alzada en el genio. En las máscaras, tan perfectas que acaban transparentando la realidad que pretenden ocultar.

El extranjero es consciente de su soberbia al emprender tarea tan ardua y que por añadidura nadie le ha encomendado. México invita a escribir libros que la Razón declara utopías. Martín Luis Guzmán anuncia en el prólogo a *La querrela de México* un ensayo de largo aliento —que nunca compondrá— sobre su país. Otro tanto sucede a nuestro Blasco Ibáñez, incapaz de dar a la prensa la novela anunciada en *El militarismo mexicano*, que iba a titular *El águila y la serpiente* (título que

## Al lector

acabaría regalando a Martín Luis Guzmán para abrir una de las novelas mayores de la Revolución). O al poeta veracruzano Salvador Díaz Mirón quien, en el mensaje al lector que inaugura *Lastas*, habla de versos que ni había escanciado ni nunca escanciaría. México invita a empuñar la pluma. Conmueve los cimientos del alma y anima los sentidos. Pero, así que se apresta frente al papel, uno barrunta el abismo enorme que se abre bajo sus pies; entrevé las inextricables veredas de la herencia y la memoria; avizora la trampa de los tópicos, de los que intentará huir para en la esquina siguiente verlos burlonamente confirmados por la realidad.

Al lector pudiera resultar que las carreteras descritas no son mexicanas. Y en parte así es. El extranjero se abrogó el derecho a intuir caminos que son universales, de ninguna parte, suyos. Hollando estas sendas ha oteado rastros de otros viajeros. Propios y ajenos. Quejosos o lisonjeros. Leídos u olvidados. Ha procurado evitar que sus pies caigan exactamente en la marca de sus predecesores. Sobre todo en las de aquellos que, tras recibir la hospitalidad del mexicano, aprovecharon la distancia cobarde de la letra para criticar aquello que no osó la gallardía de la viva voz. No descarta sin embargo que, cumpliendo la maldición puntual de la literatura, muchas de sus impresiones otros las hayan sentido antes. A la acusación de subjetivismo o parcialidad, a la imputación de solemnidad o dramatismo, opondrá un silencio desinteresado y recitará para sus adentros los versos de su profeta Díaz Mirón, devenidos máxima, ley, Verdad:

¿Que la nota poluta y la torva  
Vibran mucho en el son de mi tiorba?  
En el mundo lo dulce y lo claro  
Son, por ley de la suerte, lo raro.  
¿Cómo hacerlos aquí lo frecuente?  
No: la cámara obscura no miente.  
Además: la tragedia sublime  
¡Es piedad y terror, sangra y gime!

El extranjero anota en sus cuadernos intuiciones, pinceladas, ideas, palabras rescatadas al cotidiano azar que todo lo engulle. Ha escuchado con detenimiento historias y canciones. Ha suscrito razonamientos y entrevistado identidades. Ha maldecido diferencias. Y todo lo ha bosquejado sobre el papel “con la ligereza y el ilógico desorden de un poeta”. Cuando sangraban sus pies lacerados por los espinos de la tierra forastera, por los brotes estilizados de la biznaga y el xoconoxtle, del agave y el maguey; cuando las fuerzas se agotaban y las cuerdas en derredor del torso querían ceder ante el impulso conmovedor de los propios manes; cuando apremiaba la tentación de, como Tannhäuser, postrarse de rodillas y arrepentirse de esta vida disoluta, el extranjero acepta haberse reconfortado con el recuerdo del pensamiento del cautivo Cervantes: “Las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos”.

El extranjero ha tenido que mudar sus ojos, adiestrados en la contemplación de la belleza fácil. La gracilidad de ciertas ciudades italianas. La fatua geometría de los bulevares de París. La imperial blancura de sábana de Holanda tendida al viento de Viena. La historia petrificada en Macchu Picchu o Angkor Vat. Una belleza demasiado completa que concede y no obliga, que como el círculo se consume en sí misma y al cabo deja fuera al observador avezado. Una belleza transparente que nada muestra de nosotros. Que se entrega a primera vista y sin condiciones, que no demanda esfuerzo alguno, pero que por ello mismo acaba estragando, tal su amnesia —suprema soberbia— de las ruinas que sus madres fueron y sus hijas serán.

Los ojos así educados difícilmente apreciarán la belleza de México. Pues, como obediente hija educada en la moral católica (y en la tan hispana cultura del honor), no es México ciudad que se entregue al primer pretendiente. Turandot antes que Doña Inés, rendirla no es tarea que el cortejador pueda acometer en unos pocas horas, en varios días, en algunas semanas, aun en meses. Su encanto reside precisamente en que no podemos aplicarle ninguno de los atributos que evoca la belleza. Entre sus caracteres no figuran la hermosura, la preciosidad, la delicadeza, la divinidad, el esplendor, la lindeza, la finura, la gracia, la magnificencia, la perfección, la sublimidad, la gallardía o el primor. La suya es una belleza

dura, adusta, que se oculta tras estratos de suciedad, de abandono y de olvido sedimentados durante siglos. La belleza del mineral precioso que nos obliga a llegar a las entrañas de la tierra para extraerlo. La del diamante, que debe ser tallado y modelado, y que por ello nos pertenece sólo a nosotros. Producto de nuestras manos y nuestras pupilas: quimera o espejismo. Aún más, espejo que hemos pulido con arduo trabajo y que, al cabo, nos muestra —cruel o simplemente verista— cuánto o cuán poco en realidad somos.

El extranjero tiene la osadía de ofrecer al lector sus ojos nuevos, su más preciada posesión, cuanto en estos años ha ido atesorando. No son, bien es cierto, los cincuenta pares que poblaban la monstruosa cabeza de Argos Panoptes, ni tampoco el ojo ubicuo de Horus, el que todo lo ve, y de todo protege. No hallará en ellos la sensibilidad exacerbada de un Valéry, ni siquiera la soberbia mundana de un Stendhal; antes, el asombro elemental de Bernal Díaz del Castillo o la morbosa curiosidad de Egon Erwin Kisch<sup>1</sup>. Únicamente dos ojos mortales, dos simples ojos cuya única virtud es que no saben dejar de ver ; dos ojos en los que contemplar el reflejo del asombro ante lo visto; una realidad siempre abigarrada y la mayoría de las veces esquiva. Y lo hace imponiendo una sola condición al lector: que los use discretamente, perdonando sus fantasías y olvidando sus errores. “Imaginar yo agora que en un mundo nuevo, de historia nueva, siendo mayormente nuevo y tan moderno el escritor, no haya mil faltas que notar, mil sobras que quitar, y aún mil cosas buenas que añadir, ignorancia mía, o por mejor decir, soberbia o arrogancia fuera”. Vaya por delante esta advertencia que Juan de Cárdenas coloca al frente de *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591), a la que, por estar tan bien escrita, en sobrio y recto romance, y ser tan discreta, el extranjero no añadirá más. Vale.

---

## SEGUNDA (Y ÚLTIMA) *ACCUSATIO MANIFESTA*

---

El extranjero se confiesa en este preciso instante atribulado y escindido. Como José Moreno Villa, siente la obligación de guardar mucho. Como Luis Buñuel, la tentación de dispararlo todo, iracundo. Como aquel, corre el riesgo de parecer timorato y aun complaciente. Como éste, desagradecido con el país que le recibió de brazos abiertos. No hay en semejante temor simple prurito de escritor: la Marquesa Calderón de la Barca, pionera de los escritos modernos de extranjeros sobre México, fue en su tiempo tachada de obsequiosa por sus lectores extranjeros y de insultante por los mexicanos (hoy, pese a algunas buenas páginas —unas pocas descripciones de paisajes, otros tantos caracteres palpitantes— leemos buena parte de su obra como una sucesión de chascarrillos, género al que tan aficionados, por otra parte, son los diplomáticos<sup>2</sup>). Quizá sea ese el precio inevitable que han de pagar quienes escriben sobre un país en el que han vivido largo tiempo. La curiosidad propia del viajero ocasional cede ante la necesidad humana de entender. La búsqueda de explicaciones acaba por imponerse al deslumbramiento ante los paisajes. En todo caso, el extranjero ha tratado de evitar, probablemente sin conseguirlo, perderse en las profundidades de la política, la historia, el carácter nacional (si es que existe algo que pueda llamarse así) de un país que no es el suyo. Este excursus es, de hecho, la única violación manifiesta y plenamente consciente de esa regla autoimpuesta.

## Segunda (y última)

A partir de los años veinte, el nuevo México surgido del trance revolucionario —una guerra civil disfrazada con otro nombre— se embarca en la búsqueda del mexicano, ese sujeto (¿ciudadano, súbdito, camarada, *compadre*?) incapaz de reconocerse como tal en el fragor de las idas liberales y vueltas conservadoras en que el país emplea su primer siglo de vida independiente. La Revolución hecha Estado se enfrenta a algo más difícil todavía: gobernadas ya las riendas de la violencia institucionalizada, ha de formar mexicanos que se reconozcan como tales en el seno de un sistema y un Estado nuevos. En esa empresa, el Estado cuenta con la ayuda de una clase intelectual que, virtud suprema de un sistema nacido de la Revolución —palabra cuasi mágica, evocadora en todo tiempo y lugar de las mejores aspiraciones del hombre—, siempre estará de su lado. Y con un grupo, numerosísimo, de artistas mexicanos y extranjeros, cuya obra será reinterpretada, *velis nolis*, en clave nacional(ista).

No podía pasar desapercibido a José Gaos, discípulo aventajado de Ortega y Gasset, el paralelismo entre las corrientes dominantes del pensamiento filosófico que abandonó en Madrid bajo el fuego de las bombas (1938) y las que halla en México. Aunque para el observador que hoy percibe tal similitud, es fuerte la tentación de convertir a Gaos en correa de transmisión entre ambos. El propio filósofo asturiano elimina cualquier duda al escribir sobre la identidad que percibe en las líneas maestras de *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos, y las *Meditaciones del Quijote*, del propio Ortega:

Yo he experimentado constantemente a lo largo de la lectura la impresión de que las similitudes indicadas surgen espontáneamente de afinidades objetivas entre los temas y de la originalidad y autenticidad parejas con que ambos pensadores se enfrentan a su realidad nacional circundante y a su realidad personal, íntima —la nacional en ellos—, en donde incide el valor filosófico de las obras.

Más allá de que la resurrección de los estudios sobre los caracteres nacionales es uno de los síntomas de la enfermedad de la Europa de los treinta, angustiada su moral por el fracaso del ideal ilustrado, Gaos advierte la

cercanía entre dos formas, la mexicana y la española, igualmente problemáticas de estar en el mundo (¿acaso hay alguna que no lo sea?). Y, pese al fatigoso bagaje que carga a sus espaldas (¡cómo pesan esas bombas!), encontrará los arrestos para impulsar la escuela filosófica mexicana más influyente de todo el siglo xx: la de los Hiperiones que, guiada por su alumno Leopoldo Zea, asumirá la responsabilidad de dotar de anclaje pseudocientífico a la reflexión sobre lo mexicano. *México y lo mexicano*, una treintena de volúmenes en octavo editados por la Antigua Librería Robredo, se convierte en la empresa más ambiciosa de toda una clase intelectual. Filósofos (el propio Zea), poetas (Luis Cernuda), historiadores (Silvio Zavala), psicólogos (Rogelio Díaz Guerrero), estetas (Francisco de la Maza, Paul Westheim), mexicanos y mexicanistas, todos contribuyen a unificar un discurso en el que se integran muchos de los estereotipos del carácter nacional: el *guadalupanismo* y la encomienda; la muerte y los mitos prehispánicos; las razas como categorías apriorísticas que encadenan al individuo. Más que ideario o catecismo, un manual de impresiones que será utilizado a discreción por el nuevo régimen.

En *La jaula de la melancolía*, Roger Bartra ha diseccionado con detalle y también refutado inteligentemente muchos de esos tópicos, evidenciando tanto su carácter convencional como su uso por el poder establecido con fines de autojustificación. En cuanto a lo primero, lo único que puede decirse es que todo lenguaje artístico (igual que toda construcción nacional) es simple convención, reducción de la polícroma realidad a una paleta siempre limitada. “El carácter nacional mexicano sólo tiene, digamos, una existencia literaria o mitológica”, afirma Bartra, afortunadamente. En cuanto a lo segundo, si hubo artistas que evocaron estas imágenes, en todo caso de enorme potencia artística, con una teleología política manifiesta, también los hubo que trataron de romper, con otras de igual o superior impacto, los tópicos que los mexicanos creaban sobre sí y a los que la mirada extranjera daría solidez de roca. Cuando en el Metropolitan de Nueva York contemplo juntas, lado a lado, las interpretaciones que José Clemente Orozco y Diego Rivera hacen de Zapata y el zapatismo (y, por intermediación de estos, de la propia Revolución) no tengo ninguna duda que una y otra obra caen en

## Segunda (y última)

lados opuestos de una linde: no la de su contribución mayor o menor a los cimientos de la identidad nacional, sino la que separa el arte realmente universal de todo lo demás. Lo mismo ocurre cuando veo las fotografías de Nacho López, retratista de los humildes, los excluidos de toda empresa, en este caso la de construir una gran ciudad. El encuadre de esas imágenes poderosísimas es el México de los años cincuenta y nadie puede discutir que son mexicanas, pero los perdedores que las protagonizan son los de todas partes, los perdedores de ese juego que en todo tiempo y lugar es la vida.

Sirva lo anterior para justificar que en las páginas que siguen el extranjero eligió seguir el juego de la ficción (único que respeta) y aprovecharse, cuando lo ha considerado oportuno, de la fuerza expresiva de imágenes de toda procedencia, condición y finalidad. Cuando hable del mexicano, pensará sobre todo en el que ha leído, oído y visto a través de la mente de los artistas. Otra cosa es el mexicano individual, al que ha amado y odiado para llegar finalmente a una conclusión nada original: bueno, malo y regular a ratos, en promedio, ni mejor ni peor que otro hombre en cualquier otra parte del mundo. Dado que las interacciones entre ficción y realidad son incontrolables, no le resta al artista, que no persigue ninguna finalidad política con su obra, más que pedir disculpas por anticipado.

---

## LA LLEGADA

---

Hoy llueve, es tu primera lluvia.

José Carlos Becerra

Luis Buñuel y Luis Cernuda recuerdan —en sus memorias, *Mon dernier soupir*, aquel; en *Variaciones sobre tema mexicano*, este— de manera desigual su llegada a México. Buñuel, siempre fanfarrón, relata: “Me sentía tan poco atraído por la América Latina que siempre decía a mis amigos: ‘Si desaparezco, buscadme en cualquier parte, menos allí’. Sin embargo, vivo en México desde hace 36 años. Soy, incluso, ciudadano mexicano desde 1949”. Cernuda, más lírico, su emoción quizá más lejana, menos sincera, confiesa:

En tu niñez y juventud, ¿qué supiste tú, si algo supiste, de estas tierras, de su historia, que es una con la tuya? Curiosidad confiésalo, no tenías. [...] Esa curiosidad fue la vida con sus azares quien mucho más tarde la provocó en ti [...] y tras la curiosidad vino el interés; tras del interés la simpatía; tras de la simpatía el amor. Mas un pudor extraño le dificulta su expresión a ese amor tardío.

¿Mojigato amor tardío que se niega o violenta y repudiada pasión de adolescente?

Al vislumbrarse ya próxima la última noche del extranjero en la ciudad, a la superficie de su memoria —dédalo inextricable— asoma intempestiva, fragmentaria, la primera. Una de esas noches grises, entristecidas, tan frecuentes durante la estación de lluvias, que destemplan el

## La llegada

cuerpo y aun el alma, sin que sea posible discernir si la sensación que nos invade es sólo física consecuencia del brusco descenso de temperatura o hay en ella oculta una carga de profundidad: quizá la desazón de descubrirnos inermes frente al espejo cortante de la lluvia; probablemente, los restos de una ancestral desconfianza en nuestras posibilidades como especie; fantasmas y pesadillas de avión... tú, tan poca cosa, cruzar un océano; ¿por qué?; ¿acaso has hecho algo para merecerlo?... todo complicado por la necesidad de encontrar un sentido... una noche de comienzos de septiembre que para los habitantes de la macrópoli era una más (salir del trabajo, romper un matrimonio, visitar al dentista, matar a un padre, salvar una vida, drogarse bajo un puente o en el baño de la lujosa oficina, acariciar al recién nacido, siempre la riada furiosa del tráfico) y para ti fue la primera, única, novedad intensa de sentirse otro, distinto... ir asumiendo la condición de extranjero: más tú en tanto más otro... ¿alguna vez imaginaste vivir en esta ciudad? Sí y no... la imaginación adolescente casi tan vasta como las limitaciones que la realidad impone; todo azar... ¿qué sabías tú sobre México? unos pocos libros, unas cuantas conversaciones rutinarias... tan poco como sobre casi todo... (y a ese respecto mejor no engañarse; todo lo que desde entonces hayas aprendido sobre la ciudad ha sido a costa de otras tantas cosas que han quedado en el camino; cada nuevo conocimiento, sólo una luz tenue sobre un océano de noche)... al cabo, de aquella llegada, ¿qué queda?... la imagen recurrente de una borrasca desolada en el trayecto, decididamente feo, de los arrabales del aeropuerto al poniente lujoso —de un lujo, empero, roído por el tiempo— de la ciudad... un gigantesco anuncio (más tarde el extranjero sabrá que esto aquí es un *espectacular*) al lado de la carretera, Panaderías Jacaranda, primitivo en su desnuda sencillez: la imagen de un desgastado bollo de pan sobre fondo que alguna vez fue negro, ahora desleído por la lluvia... no sabía entonces el extranjero qué eran las jacarandas... sabe ya que, dentro de muchos años, cuando vuelva a esta ciudad, el anuncio seguirá ahí, al borde del Circuito Interior... y que su simple visión le pondrá triste; acercándole, como ahora, el recuerdo, triste como sólo saben ser tristes los recuerdos, de aquella primera noche.

«LIMA Y LUZ. ESTAMPAS LUMINOSAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO»  
DE LUIS MARÍA MARINA,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 12 DE OCTUBRE DE 2012  
(A 520 AÑOS DE QUE SE CRISTOBAL COLÓN TOCARA TIERRA EN GUANAHANÍ,  
ISLA DEL CONTINENTE QUE HOY SE LLAMA AMÉRICA)  
EN LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.,  
CERRO TRES MARÍAS NÚM. 354, COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO,  
C.P. 04200, MÉXICO, D.F.